

La España política tras las elecciones

La mayoría de los análisis sobre los resultados de las recientes elecciones legislativas se han centrado sobre los aspectos meramente cuantitativos (tal partido sube, el otro baja), o sobre las diferentes coaliciones posibles que sumen al menos 176 escaños. Pero, aunque esos análisis son necesarios y útiles, hay algunas otras cuestiones que sólo son aparentes cuando se cambia la perspectiva desde la que se contemplan los resultados.

En primer lugar, cabe preguntarse, ¿por qué convocó Felipe González estas elecciones cuando disponía de una mayoría absoluta en las cámaras? La respuesta parece obvia. Convocó las elecciones por el deterioro de imagen del PSOE a causa de los escándalos sobre corrupción protagonizados por algunos de sus líderes, pero, por encima de cualquier otra razón, convocó las elecciones porque la situación económica de España era alarmantemente mala, y ello implicaba tomar ciertas medidas drásticas e impopulares que acarrearían pérdidas muy importantes de votos en futuras elecciones al partido que las adoptase. Todos los políticos y partidos admiten que hay que adoptar esas medidas, aunque unos lo admitan claramente y otros utilicen eufemismos para «mantener la cara» ante su electorado. Pero, si el gobierno del PSOE tomaba esas medidas, en solitario, puesto que disponía de mayoría absoluta en el Congreso de los Diputados, sería el único responsable de ellas ante el electorado, y por tanto sería el PSOE el único que podría sufrir el descontento del electorado. Y si el gobierno no adoptaba esas medidas, la economía española entraría en lo que los pilotos denominan «pérdida irrecuperable» (si es que no se está ya en esa situación), y el

**JUAN
DÍEZ
NICOLÁS**

«Pues bien, si cuando Felipe González convocó las elecciones hubiese podido precisar qué resultados electorales deseaba, González habría contestado, muy probablemente, los mismos, los que han salido.»

«¿Por qué eran éstos los mejores resultados para los propósitos de Felipe González?

Sencillamente, porque eran los que le proporcionaban la posibilidad de negociar con unos o con otros alternativamente.»

Gobierno del PSOE, como único responsable, sufriría igualmente el descontento de los electores.

Pues bien, si cuando Felipe González convocó las elecciones hubiese podido precisar qué resultados electorales deseaba, González habría contestado, muy probablemente, los mismos, los que han salido.

En efecto, teóricamente el PSOE ha perdido la mayoría absoluta, lo que en principio debería interpretarse como una derrota. Y, sin embargo, lo que han perdido es, precisamente, la exclusiva de la responsabilidad que tenían. Al no poder gobernar en solitario, otros compartirán la responsabilidad de adoptar las medidas que hay que tomar, y que todos los partidos saben que hay que tomar. En esas condiciones, lo natural habría sido esperar que ningún partido quisiera compartir esa responsabilidad. Pero ha

sucedido todo lo contrario, prácticamente todos los partidos se han ofrecido para ello, con la lógica excepción del PP. Es de suponer que, conociendo a España y a los españoles, Felipe González contaba con esa reacción, que cada cual justificaría a su manera.

Pero, ¿por qué eran éstos los mejores resultados para los propósitos de Felipe González? Sencillamente, porque eran los que le proporcionaban la posibilidad de negociar con unos o con otros alternativamente, lo que implica que ninguna ayuda era imprescindible, y le permitía negociar sin estar sujeto a una sola posibilidad de respaldo parlamentario.

En efecto, la posibilidad (teórica) de que el PSOE pactase con IU una mayoría parlamentaria de 177 diputados restaba a CIU posibilidades de «apretar» al PSOE en las negociaciones. Además, si ese pacto de izquierdas se hubiese formalizado, Felipe González podría haber responsabilizado al centro-derecha-nacionalista (especialmente a CIU) de esa opción, acusándole de falta de solidaridad y responsabilidad en la resolución de la grave crisis en que se encuentra España, y advirtiéndole de que luego no podría criticar que no se llevaba a cabo la política económica que CIU defiende. En este mismo sentido, el apoyo del PNV, aunque numéricamente insignificante, era psicológicamente muy importante, pues la falta de apoyo de CIU habría sido mucho más criticada por egoísta y poco solidaria. Y el apoyo del PNV estaba bastante garantizado, pues no hacerlo podría conducir a una respuesta equivalente del PSOE al PNV en el Gobierno del País Vasco.

Si IU hubiese sacado algunos escaños menos, el PSOE no habría podido utilizar la alternativa de ese pacto (teórico) para convencer a los nacionalistas. Y si CIU hubiera sacado unos escaños menos, el PSOE habría tenido que pactar necesariamente con IU, que es posiblemente lo último que Felipe González habría deseado, como es público y notorio. Por ello, debe reiterarse, estos resultados, y no otros ligeramente diferentes, eran los que necesitaba Felipe González.

Pero hay más. La casualidad, el azar, los electores en definitiva, han facilitado otra ventaja psicológica a Felipe González, al provocar que, a pe-

sar de los peores resultados globales del PSOE en el conjunto de España, el PSOE creciese en términos relativos en Cataluña y en el País Vasco, mientras que las opciones nacionalistas decrecían en ambas comunidades. Esos resultados debilitaban la posición negociadora de los dos partidos nacionalistas.

■ Cuando, dentro de unas semanas o unos meses, el Gobierno del PSOE (y sus coaligados) propongan el «ajuste económico duro» (modificación de la ley de huelga, flexibilización del mercado de trabajo, reducción de gastos sociales, etc.), cabe la posibilidad de que parte del PSOE (los «guerristas») no voten a favor, de manera que los 87 diputados «felipistas» (que pueden incrementarse, a medida que los «guerristas» tomen conciencia de dónde está el poder real), más los 4 del PNV y los 17 de CIU, no serán suficientes para aprobar esa legislación. Es muy posible que entonces se requiera el apoyo del PP, debido a que esas son las medidas de política económica que el PP ha defendido en su programa. Y no sólo se esperará ese apoyo por coherencia política, sino por razón de Estado y por sentido de la responsabilidad. Y esas pueden ser las cuatro fuerzas políticas parlamentarias que podrían corresponsabilizarse en la aprobación de unas medidas tan necesarias como impopulares.

Pero, mientras que CIU, PNV y PP se responsabilizarán parlamentariamente por completo, pues son las medidas de política económica que han defendido en sus programas, en el PSOE puede que sólo se responsabilice la corriente «felipista». La otra corriente del PSOE, la «guerrista», posiblemente coaligada con IU, siempre podría argumentar en el futuro que ellos, la izquierda, no respaldaron esas medidas.

■ En cualquier caso, como se puede comprobar, los resultados electorales han sido, casi «milimétricamente», no sólo los mejores que Felipe González posiblemente habría deseado, sino puede que también los más positivos para intentar salir de la problemática crisis económica en que se encuentra España.

Entre estas consecuencias positivas cabe destacar las siguientes. En primer lugar, parece positivo desde una perspectiva política del Estado, que los partidos nacionalistas se impliquen y responsabilicen en la gobernabilidad de España, después de haber demostrado su capacidad para hacerlo en sus respectivas Comunidades Autónomas. Y esa implicación, al no ser absolutamente imprescindible para el PSOE, por disponer de otras alternativas (IU y, en caso de extrema necesidad de Estado, el propio PP), no requiere los altos costes que algunos habrían podido temer.

En segundo lugar, la mayoría relativa del PSOE en las dos cámaras, al hacer teóricamente posible otras mayorías parlamentarias, hace imposible el modo de gobierno del PSOE en anteriores legislaturas, al tiempo que garantiza suficiente respaldo parlamentario para las medidas legislativas que parecen más necesarias. No debe pasarse por alto, en este sen-

«Si IU hubiese sacado algunos escaños menos, el PSOE no habría podido utilizar la alternativa de ese pacto (teórico) para convencer a los nacionalistas.»

«Parece positivo desde una perspectiva política del Estado, que los partidos nacionalistas se impliquen y responsabilicen en la gobernabilidad de España.»

tido, la importancia de que el PSOE ya no disponga de mayoría absoluta en las Mesas del Congreso y del Senado, y que posiblemente pierda la presidencia de algunas comisiones. El resultado, puede anticiparse, es que las Cortes recobrarán una vitalidad muy superior a la de anteriores legislaturas, y se convertirá nuevamente en un foro de discusión, donde es previsible que se convierta en normal el hecho de que el Gobierno pueda perder alguna que otra votación. Las mayorías parlamentarias puede que tengan una composición diferente según el contenido de cada propuesta legislativa.

En tercer lugar, y debido a lo anterior, es previsible una mayor diferenciación entre los poderes legislativo y ejecutivo. Y, como consecuencia, es también previsible una cierta mayor autonomía del poder judicial. Las condiciones son propicias para que el sistema constitucional español ponga definitivamente en marcha el sistema democrático de «checks and balances», de equilibrios más o menos inestables, de control del poder político, en definitiva.

Y, finalmente, parece también evidente que si los resultados electorales hubieran sido otros, muchas de las posibilidades que esta distribución de escaños facilitan, sencillamente no habrían sido factibles. De manera específica, si los escaños obtenidos por el PP y el PSOE hubieran sido los del otro partido, permaneciendo igual la distribución de los demás escaños, la situación sería más complicada, ya que el PP sólo habría tenido una opción, la de formar gobierno o llegar a pactos de legislatura con los nacionalistas, y con una oposición de izquierda (PSOE e IU) casi equivalente en peso parlamentario y, posiblemente, más unida de lo que en las actuales circunstancias posiblemente estará.

En consecuencia, puede que haya que concluir que, en la actual coyuntura política, económica y social de España, los resultados electorales de 1993 no sólo sean los más positivos para Felipe González, sino también los más positivos para el conjunto de la nación. En todo caso, y según como se vayan produciendo los acontecimientos, la actual distribución de escaños permite, en cualquier momento de la legislatura, recomponer otras mayorías parlamentarias diferentes a la inicial.